



La lengua de la ciencia y de la técnica: niveles

Los términos especializados han inundado en las últimas décadas diccionarios, medios de comunicación y las propias conversaciones. En el caso del español, este ha sabido adaptarse a los nuevos escenarios y públicos pero sin perder de vista al inglés, que continúa siendo el idioma científico por antonomasia.

> **Gloria Guerrero Ramos** / Doctora en Filología Hispánica

Todos sabemos que la ciencia y la técnica poseen un vocabulario propio que las identifica y las hace especiales. Pero, ¿se puede hablar por ello de una lengua de la ciencia y de la técnica? Pues, en cierto modo sí porque, aunque no existe al margen de la lengua común, se puede considerar un sublenguaje o un subsistema lingüístico, con características propias tanto léxicas como sintácticas que permiten caracterizarlo como tal.

Sin embargo, hasta hace muy poco la lengua de la ciencia ni siquiera era de interés para los lingüistas, pues la mayoría consideraba que se trataba de un lenguaje artificial que nada tenía que ver con la

lengua común que usamos todos los que pertenecemos a una misma comunidad lingüística. Ahora bien, gracias a los medios de comunicación, cada día, las noticias sobre los avances en ciencia y en tecnología llegan a un público más general.

De la misma manera también nos llega la lengua que emplean los científicos, pero tras sufrir un proceso de vulgarización o banalización, lo que significa que

El español posee los recursos necesarios para la creación de terminología pero no es reconocida como lengua científica

su léxico, se desterminologiza y entra en la lengua común enriqueciéndola. Así podemos oír que ciertos términos pertenecientes a distintos campos de especialidad como, por ejemplo, *blastocito* o *blastocisto* (con variación ortográfica), *bromhidrosis*, *hiperhidrosis*, son empleados fuera de dichos campos por cualquier hablante y no necesariamente por un especialista. Lógicamente este proceso es el que nos permite hablar de distintos niveles en la llamada comunicación científico-técnica.

Pero, ¿qué lugar ocupa el español como lengua científica en un mundo globalizado como el que vivimos, en el que, claramente, hay una lengua dominante: el inglés? ¿Está preparado el español para

No es igual un texto de divulgación destinado a un público general, que un texto altamente especializado destinado a expertos de una determinada materia

comunicar la ciencia y la técnica? España no es un país productor de ciencia y tecnología, y tampoco los países del otro lado del Atlántico en los que el español se usa como primera lengua. ¿Significa eso, por tanto, que no está preparado, que no posee los mecanismos necesarios para crear términos científico-técnicos? Evidentemente no.

El español es una lengua que posee los recursos necesarios para la creación de terminología científica. Sin embargo, es verdad que a pesar de ser una de las lenguas más habladas en el mundo, no está reconocida como lengua científica. Esperemos que a partir del Proyecto Terminesp (creado bajo los auspicios de la Asociación Española de Terminología) y con el impulso de la Fundeu y el Instituto Cervantes, la situación cambie y adquiera el estatus que merece también en cuanto a lengua especializada de la ciencia y de la técnica.

Es el avance científico-tecnológico producido en los últimos años lo que ha propiciado una sectorización sin la cual la sociedad de hoy difícilmente hubiera llegado al enriquecimiento actual de conocimientos y saberes. Al mismo tiempo este nivel de conocimientos ha suscitado el interés de los estudiosos que nos permite establecer una división entre lengua general o común, por un lado, y lengua especializada, por otro.

Ya en 1999 Alpízar decía que en la sociedad cada vez más tecnificada, el término técnico se ha ido popularizando y no tiene una única manera de reproducirse. La comunicación especializada no mantiene un estatus completamente aparte del que mantiene la comunicación general o común; y además el conocimiento especializado tampoco es uniforme ni está

delimitado del conocimiento general en todas las situaciones de comunicación.

Habrà que tener en cuenta, eso sí, los distintos niveles de especialización y peculiaridad según el tipo de materia y su nivel de abstracción. No es igual un texto de divulgación especializado destinado a un público general, que un texto altamente especializado destinado a especialistas en una determinada materia. Pero eso, sin embargo, no impide que podamos hablar de terminología, de vocabulario especializado en ambos textos. No es lo mismo cuando utilizamos *fuerza* de una manera común que cuando lo utilizamos en el ámbito de la física, pero en ambos casos estamos ante un término. Tampoco es lo mismo cuando dos médicos hablan de un AIT (Accidente Isquémico Transitorio) que cuando un médico le dice a un paciente que ha sufrido un AIT. En el primer caso la comunicación es simétrica, de igual a igual y no se necesita ningún tipo de ex-

plicación, en el segundo es asimétrica y se requiere una aclaración de la sigla, y así de una manera gradual tales términos se van incorporando a la lengua común.

Ha habido un acercamiento entre la lengua empleada por los especialistas y la empleada por la gente normal, de la calle. La razón es simple: hoy nos llegan noticias controvertidas, que son objeto de debate desde muchos puntos de vista (médico, psicológico, ético...), como puede ser, por ejemplo, el tema de las células madre, con toda la terminología que conlleva. Pero se trata de una nueva realidad que hay que nombrar y no es posible hacerlo de un modo diferente por parte de unos y otros.

Es, pues, gracias a la diversificación de los sistemas de información del conocimiento especializado cómo este se sitúa en una escala gradual que va desde el discurso altamente especializado, dirigido a otro especialista de la misma materia, hasta el discurso periodístico claramente de carácter divulgador, como el que puede aparecer en un suplemento de ciencia de un periódico. ●



Foto: Javier Sánchez Relinque (Uciencia)